

MARIANNE GONZÁLEZ LE SAUX

De empresarios a empleados

Clase media y Estado Docente
en Chile, 1810-1920



ÍNDICE

Prólogo	7
Introducción	11
Capítulo I. ¿Cómo concebir una clase media en Chile en el siglo XIX?	
La pregunta sobre el origen de la clase media en Chile	15
¿Clases o estratos? Estructurando el espacio social	23
¿Existe la clase media?	26
Campos y actores	29
La dinámica de las clases	39
Capítulo II. Los artesanos	
Artesanos, obreros, trabajadores e industriales: una cuestión de palabras	43
Artesanos y sectores populares: ¿un mismo mundo?	44
Transformación social del sector: del artesanado a la industrialización	46
El taller artesanal como capital económico	52
Técnicas artesanales y mutualismo obrero: apropiándose la cultura dominante	60
Mutuales y partidos: movilizand las redes	71
Entre rotos y decentes: el capital simbólico de los artesanos	83
Un sector del artesanado como integrante de la clase media	88

Capítulo III. Los comerciantes

Los pequeños y medianos comerciantes: un grupo olvidado	91
Las diferentes escalas del comercio: de la Sociedad Anónima al vendedor ambulante	92
Accediendo a la cultura comercial	104
La importancia de los contactos comerciales	113
El comercio como símbolo de clase	116
Evolución social de los comerciantes: una dificultosa expansión	120

Capítulo IV. Los empresarios mineros

La minería durante el siglo XIX: un sector complejo en fuerte evolución	129
Independientes y dependientes: dos tipos de clase media en la minería	133
La dura vida del minero: un difícil acceso al capital cultural	153
La minería como actividad periférica: una compleja construcción de las redes sociales	166
Un mundo de advenedizos: la relativa fluidez en el acceso al capital simbólico	171
Evolución: el empresario minero independiente, ¿un sector en vías de proletarización?	178

Capítulo V. Los propietarios rurales

Evolución económica de la agricultura en Chile	186
Propiedad de la tierra y rentas de la agricultura: la heterogeneidad en la constitución del capital económico agrícola	189
Mundo rural y cultura dominante: la ética capitalista de la empresa agrícola	214
Familia, vínculos con la hacienda y poder local: las complejas redes sociales de la clase media rural	228

La propiedad de la tierra como capital simbólico	243
Evolución: concentración y atomización de la propiedad	253
Capítulo VI. Estado Docente y clase media	265
La escuela primaria: una escuela elemental y terminal	267
Las Escuelas Normales de Preceptores: un espacio ambiguo	293
El Liceo: un proyecto de élite expandido a la clase media	302
La educación técnica: un sector marginal del sistema educativo	318
La Universidad: ¿profesionales de clase media?	338
Conclusión	
Orígenes y transformación de la Clase Media en Chile	365
Bibliografía	
Fuentes primarias impresas	371
Fuentes secundarias	374

PRÓLOGO

POR SOFÍA CORREA SUTIL

Los estudios de historia social de las últimas décadas nos han mostrado el mundo del “bajo pueblo” desde inicios de la República con su diversidad de sujetos, hombres, mujeres, niños, en el campo, la ciudad, las minas. No obstante su aporte, nos han dejado la visión de una sociedad partida en dos, escindida entre una élite poderosa y un bajo pueblo miserable, con lo cual se nos hace difícil comprender cabalmente el desenvolvimiento histórico del siglo XIX chileno, particularmente su historia política, y los cambios profundos que se producen en el primer tercio del siglo XX. Hacía falta que se nos mostraran los múltiples matices que caracterizaron a la sociedad decimonónica. Este libro de Marianne González Le Saux constituye un aporte valiosísimo de comprensión histórica al descubrirnos la existencia de una clase media de productores y comerciantes desde los inicios de la República y al dar cuenta de su transformación a finales del siglo desde productores a empleados, en un proceso de movilidad horizontal.

Marianne González ha acertado con la pregunta que motivó su estudio, pregunta que ha surgido de su disconformidad con la difundida visión de una clase media que habría nacido a fines del siglo XIX y principios del XX de la mano de la expansión del empleo público y que habría sido forjada en el liceo fiscal gratuito. En otras palabras, no la convence que el pueblo –ese peonaje en la miseria que nos ha mostrado la historia social– haya podido acceder a los estudios secundarios para transformarse en clase media empleada en la burocracia estatal. Entre otros motivos porque el sistema escolar chileno desde sus inicios diferenció entre una educación elemental para los pobres, y el liceo que conducía a los estudios universitarios y preparaba para unas labores oficinescas en su defecto, sin que hubiese continuidad entre estos dos niveles segregados. Ciertamente, si la segregación social de la educación chilena ha sido un problema de larga duración, mal podría haber sido el vehículo de movilidad social de unos sectores populares en proceso de proletarización, a la clase media a fines del siglo decimonónico.

La duda inicial le generó a nuestra autora la pregunta acerca de cuáles serían entonces los sujetos que, accediendo a la educación secundaria fiscal, llenaron los puestos de una burocracia en expansión y respondieron a la demanda por cargos

administrativos en el sector privado a fines del siglo. Tendría que haber existido una clase media anterior a dicho proceso y de ella tendrían que haber salido los estudiantes de los liceos, cada vez más numerosos. Para historiar esa clase media de inicios de la república se vio en la necesidad de abordar definiciones previas, lo que implicó recurrir a la teoría sociológica para poder precisar qué se ha de entender por clase media, y cómo se puede establecer que determinados sujetos sean o no parte de ella. De la mano de la obra de Pierre Bourdieu, Marianne González nos propone que no solo la propiedad de los medios de producción que garantiza la independencia económica define la pertenencia de clase, sino también el ingreso, y más allá de la dimensión económica, los vínculos sociales y el capital cultural y simbólico de los sujetos. Tuvo entonces que fijar cuáles eran los rangos de ingreso de los sectores medios del siglo XIX chileno, por sobre lo que pudieran ganar los peones y por debajo de las rentas de los sectores pudientes. También debió buscar las variables que dieran cuenta de su capital social, cultural y simbólico. Una tarea nada de fácil la que tuvo que emprender nuestra autora.

Provista de este marco conceptual, ella se sumerge en la compleja heterogeneidad de la sociedad chilena decimonónica, buscando allí la existencia de la clase media. En primer lugar, tenemos a los artesanos, los más estudiados por la historiografía social en la medida en que han sido considerados por ésta como sectores populares. Sin embargo, aplicando a los diversos tipos de artesanos del siglo XIX el marco teórico señalado, que pone el acento en las dimensiones económica, social, cultural y simbólica, Marianne González nos muestra convincentemente que una parte muy amplia de los artesanos no formaron parte del mundo popular de peones y gañanes, sino que pueden ser considerados como clase media. En los capítulos siguientes nos hace recorrer el mundo de la mediana minería y del comercio, con sus especificidades y heterogeneidades, así como también nos va mostrando un amplio espacio rural de sectores medios constituido tanto por empleados-inquilinos-de-a-caballo en las haciendas, como por medianos propietarios al sur y al norte del Valle Central y en la costa. Se trata de una clase media empresarial que contrata mano de obra para desenvolverse en su actividad, sea artesanal, comercial, minera o agrícola; y que tiene contactos de diversa índole con los sectores de élite, por de pronto, vinculaciones económicas, pues dependen del crédito que éstos les otorgan.

Son los hijos de estos diversos sectores que componen la clase media los que pueden acceder al liceo en la medida en que se va expandiendo la educación secundaria, y extendiendo a lo largo del país, en las últimas décadas del siglo XIX. Pero se trata de un sistema educacional que no está diseñado para potenciar la capacidad económica de la clase media, pues desde sus orígenes se pensó al liceo como una instancia de preparación para el ingreso a la universidad. La mayoría de los jóvenes provenientes de hogares de esta clase media productora y comerciante no terminaría los seis años

de humanidades que permitían ingresar a la universidad, pero sí pudo recibir en tres años la preparación que le abría las puertas al empleo burocrático.

La caracterización que nos ofrece Marianne González del complejo caleidoscopio social que componen estas clases medias de inicios de la república y su transformación a finales del siglo, se sustenta en una riquísima información de las más variadas fuentes, en la cual datos cuantitativos, exprimidos para obligarlos a dar cuenta de los mundos que contienen, acompañan a testimonios de época y textos literarios, y se mezclan con brochazos biográficos de figuras de nuestra historia cultural enraizadas en estos mundos de productores de clase media del siglo XIX –como los Parra, Neruda, la Mistral, Jotabeche. En consecuencia, este texto no solo se lee con interés erudito, sino con el gusto que despierta la buena escritura y con curiosidad ciudadana.

He tenido el raro privilegio de ver surgir este libro desde borradores iniciales que contenían unas ideas muy preliminares, pues esta obra se elaboró primeramente como memoria de licenciatura en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, y tuve la oportunidad de guiarla, es decir, acompañar su escritura como lectora crítica y entusiasta. Vale la pena destacar en este contexto que con su opción por asegurar una formación completa y compleja de los estudiantes, abordando no solo materias disciplinarias estrictas sino también historia y filosofía, la Facultad de Derecho ha permitido que se desarrolle en ellos el pensamiento crítico y autónomo. Este libro comprueba que la Universidad aún puede ser un espacio creativo y dialógico, en la medida en que sea todavía posible apostar por una formación amplia en humanidades y ciencias sociales más que una preparación estrictamente profesional de acuerdo con las demandas del mercado laboral. Los apuros para cumplir metas cuantitativas fijadas en algún lugar del planeta como deber ser ineludible, la profesionalización como desideratum para cumplir con las necesidades del mercado y del bolsillo, han de ser resistidas para darse tiempo, el tiempo que necesita la reflexión, la originalidad, la distancia crítica de lo dado por seguro y por sabido. Marianne González se dio ese tiempo para pensar, para leer, para buscar, para interrogar a un pasado que se le mostraba esquivo. Porque se dio ese tiempo, porque lo hizo con profunda vocación por el estudio, porque quiso saber más, tanto más, nos entrega ahora este libro que constituye un aporte decisivo al conocimiento de la sociedad decimonónica, a la vez que abre otras interrogantes para iniciar nuevas indagaciones históricas.

Santiago, julio de 2011

INTRODUCCIÓN

El origen de este libro puede remontarse al año 2005, en el marco de un curso dictado por el profesor Gabriel Salazar en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. En estas clases se hizo notar el vacío historiográfico que existía respecto de la clase media chilena, y ello motivó la pregunta de base que orientaría el resto de mi investigación: ¿qué relación existía entre los orígenes de la clase media chilena y el Estado? Luego tuve la oportunidad de ir profundizando esta pregunta inicial en el marco de distintos seminarios de investigación guiados por la profesora Sofía Correa Sutil, y esta idea recién esbozada se terminó convirtiendo en el tema de mi memoria de grado, no solo guiada, sino estimulada, reconfortada y acogida por la profesora Correa, quien tuvo una generosidad sin límites para apoyar este loco proyecto de hacer investigación en historia social en el marco de una Facultad de Derecho.

La pregunta inicial se fue restringiendo para abarcar la relación de la clase media con un sector determinado de la actividad estatal: lo que se ha querido llamar el “Estado docente”. Cuestionando la idea según la cual la clase media se habría forjado en las aulas de los liceos públicos, esto es, que la educación pública tal como fue concebida en el siglo XIX habría permitido una promoción social de sectores populares a sectores medios, me propuse en primer lugar demostrar que, de forma independiente al desarrollo del Estado docente, habría existido en Chile un sector de productores y comerciantes de clase media, conformados principalmente por artesanos, comerciantes, empresarios mineros y agricultores. Luego, un estudio de las lógicas y prácticas del sistema educacional decimonónico me permitirían concluir que no fueron los sectores populares quienes lograron ascender socialmente gracias a la educación pública, sino que fueron los sectores medios de productores y comerciantes quienes lograron insertarse con relativo éxito en dicho sistema. La clase media tradicional de productores y comerciantes que, debido a la modernización capitalista, se encontraba en franco declive desde mediados del siglo XIX, habría encontrado en los liceos una forma de evitar su proletarización, reconvirtiéndose económicamente para devenir en el grupo de empleados asalariados —y en menor medida, profesionales universitarios— que han sido conceptualizados tradicionalmente como la primera y única clase media

que ha conocido este país, aquella de tendencias “empleomaniacas” dependiente de la generosidad estatal, según los clásicos análisis de Francisco Antonio Encina, Nicolás Palacios y Alberto Edwards.

No se trata de exaltar la idea de un supuesto espíritu de empresa en estos sectores más desconocidos de la clase media chilena del siglo XIX, sino de mostrar la falta de voluntad y por tanto la incapacidad del Estado decimonónico en permitir una cierta democratización en la sociedad a través del sistema educacional. A final de cuentas, los beneficiados por el sistema de educación pública fueron los más privilegiados, la élite en la universidad y la clase media en el liceo. Más aún, según se demuestra en este estudio, la inserción de la clase media en la educación pública se haría sobre las bases de un fundamental malentendido: mientras los productores y comerciantes reclamaban una educación “útil” que les permitiera fomentar sus actividades empresariales, la educación que recibían en los liceos, originalmente destinada a la élite, los condenaba a la “terciarización”, a reconvertirse en empleados asalariados. Si bien esta fue su vía de escape a la pauperización, también implicó la renuncia de lo que Salazar ha llamado un proyecto de “desarrollo hacia adentro”.

Para desarrollar estas ideas, el libro se estructura en seis capítulos. El primer capítulo plantea el estado de la discusión sobre los orígenes de la clase media en Chile para llegar a la formulación de la hipótesis de trabajo, además de presentar el marco teórico que busca definir un concepto de clase media, orientado específicamente a demostrar las ventajas de esta clase social respecto de los sectores populares en su capacidad para insertarse en el sistema educativo. Uno de los grandes defectos de los estudios sobre la clase media en Chile que pude consultar es que no entregan un concepto de qué se debe entender por “clase media”, o cuando lo hacen, no lo aplican a su estudio histórico. El marco teórico se basa fundamentalmente en la obra de Pierre Bourdieu, que resulta de particular interés para este análisis, en tanto su definición de clase media adopta no solamente criterios económicos, sino también culturales, sociales y simbólicos, los que otorgan una visión compleja de las clases sociales particularmente provechosa para el análisis histórico.

En los cuatro capítulos siguientes se adaptan estas herramientas teóricas al estudio social de los grupos de productores y comerciantes independientes existentes a lo largo del siglo XIX en Chile. El trabajo se aboca específicamente a dilucidar qué grupos de entre los artesanos, los comerciantes, los mineros y los agricultores pueden considerarse como pertenecientes a la clase media. En cada uno de estos capítulos se analizan las transformaciones sociales de cada grupo, con el objeto de comprender los mecanismos que los llevaron a modificar su base económica.

Por último, el capítulo final trata de la estructura del sistema educacional público desde 1840 hasta 1920 en sus diferentes niveles: primario, secundario, universitario,

escuelas normales y educación “especial” (hoy en día conocida como educación técnica). Este capítulo retoma los estudios que han demostrado de qué forma los sectores populares fueron marginados en el sistema educativo, y –cuestión que ha sido mucho menos abordada– por qué los grupos medios que se estudian en los capítulos anteriores sí pudieron integrarse con relativo éxito en dicho sistema, y de qué forma esto los llevó a modificar su orientación económica, pasando de productores independientes a profesionales o empleados asalariados.

Muchas veces puse en cuestión la validez de esta empresa por no poseer, a lo menos formalmente, una formación histórica y sociológica. Con todo, quisiera creer que las deficiencias que puede tener mi trabajo en esos ámbitos pueden verse compensadas por el intrínseco valor de la multidisciplinariedad en los estudios sociales, por la relativa frescura de una mirada externa, a pesar de lo poco refrescante que puede ser el Derecho, la disciplina en la cual fui formada. Por lo pronto, me conformo con contribuir al debate sobre una clase social que ha sido hasta ahora una preocupación marginal en la historiografía chilena, y cuyos destinos, a mi juicio, pueden contribuir a iluminar grandemente los problemas de desigualdad social, promoción social y políticas públicas en materia de educación en nuestro país.

* * *

Lo que más me satisface de ver finalmente esta obra publicada, es tener la oportunidad de dar las gracias a las personas que me acompañaron durante todos estos años, y que hicieron posible que esta empresa llegara a buen puerto.

Entre ellas, a quien debo sin duda la gratitud más profunda es a Sofía Correa Sutil. A ella le debo no solo el prólogo con el que honra a esta obra, sino la guía intelectual, el ánimo, la comprensión y la confianza que siempre me dio de que este libro sería publicado, incluso antes de que yo comenzara a escribir el primero de sus capítulos. El que este estudio salga hoy a la luz pública habla quizás de la persistencia de su autora, pero mucho más de la generosidad de Sofía Correa, quien me regaló su tiempo para discutir, leer, criticar y corregir una y otra vez las innumerables versiones de los proyectos y capítulos, y luego de apoyar en todas las instancias la publicación de esta obra. Me atrevo a decir que si hubiese más profesores como Sofía Correa, con tanta inteligencia y dedicación para incentivar la labor intelectual de los estudiantes, las universidades chilenas serían un lugar mejor. Con ella tengo el honor de haber contraído una deuda imposible de saldar.

Al profesor Gabriel Salazar quisiera agradecerle no solo el haberse dado el tiempo de evaluar este largo trabajo en su versión de tesis, de haberlo criticado y desafiado, sino que es su obra, con la que he estado mayormente dialogando durante todos estos años, y la riqueza de su trabajo histórico los que han generado muchas de las preguntas que están en la base de este estudio.

Al profesor Julio Pinto, que evaluó y apoyó la publicación de la versión más trabajada de esta obra, que generosamente me ha permitido asistir a sus clases en la Universidad de Santiago de Chile, y cuya producción histórica ha sido una fuente de inspiración, va igualmente mi agradecimiento.

Al profesor Miguel Orellana Benado, con quien descubrí lo que era la labor docente y académica en la Universidad de Chile, le agradezco haberme dado las herramientas para comprender, desde los grandes principios hasta las pequeñas sutilezas, lo que era “hacer Universidad”.

Al profesor José Zalaquett y a la profesora Cecilia Medina, quienes me dieron la oportunidad de seguir desarrollando esta vocación docente y académica como mi profesión, gracias. Aunque a primera vista no sea tan obvio, este libro también busca colaborar con el mayor respeto y protección de los derechos humanos en nuestro país, y sus enseñanzas hacen parte de la reflexión que está detrás de esta obra.

Mi agradecimiento también a las compañeras y compañeros en el Centro de Derechos Humanos, que han llenado las instancias de trabajo con discusiones siempre desafiantes; así como a todos los que durante todos estos años han hecho parte de los diversos seminarios dirigidos por la profesora Correa, en particular el grupo más estable que forma el “Seminario de Estudios de la República”, en donde he encontrado un espacio académico desinteresado para discutir la historia desde distintas disciplinas y perspectivas.

A mis familias, de sangre y adoptivas, a las amigas y amigos, que no necesito nombrar pues se reconocerán en estas líneas, gracias. Durante años me han escuchado hablar de este proyecto y siempre creyeron, con más encono que yo, que terminaría por resultar.

Ignacio, contigo la profundidad de la vida compartida no me deja empezar a vislumbrar qué es lo que podría empezar o terminar de agradecerte. Me has cuidado mientras escribía un capítulo tras otro, me has apoyado en todos los momentos en que me desanimé, me has obligado a explicarte una y otra vez mis ideas, haciéndolas más claras y convincentes, has compartido mis alegrías y les has dado sentido.

Y finalmente, Maggy Le Saux, brillante intelectual, profesora, escritora, “historiadora de formación y psicóloga de deformación”, es a ella, mi madre, a quien va dedicado este libro. Desde el primer día has sido la interlocutora más atenta para discutir todos sus aspectos. Has leído en orden y en desorden un capítulo tras otro; me has ayudado a armar y desarmar argumentos durante largas caminatas, en la mesa de la cena o del desayuno. A veces pienso que todas mis buenas ideas, en algún momento las escuché de ti. Contigo las gracias se diluyen en el absurdo, porque has sido, voluntariamente, mi incondicional.